

GFS-212-A16

ZULOAGA, PINTOR DE RETRATOS



EL ARTE DEL GRAN ARTISTA VASCO, AL TRAVÉS DE TRES GENERACIONES DE UNA NOBLE FAMILIA ESPAÑOLA.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

Entre los grandes pintores españoles contemporáneos no hay, sin duda, ninguno que haya sido tan discutido como Ignacio Zuloaga. Necesitó toda la fuerza de su talento y todo el temple de su raza vasca para sobreponerse a críticas y campañas y dar cima a la labor que su temperamento le dictaba. El tenía una visión de España que, desde luego, sorprendió a las gentes y levantó irritadas protestas. Marchó al extranjero; triunfó en París, en Roma, en Londres y en Nueva York clamorosamente. Y sólo cuando su pintura, - sus obras pictóricas, - le hicieron famoso, decidióse a arrostrar, en una Exposición amplia de sus lienzos, el juicio de sus compatriotas en Madrid. Desde entonces, podrá haberse discutido la intención de muchos de sus cuadros e incluso la oportunidad del momento en que fueron pintados; pero lo que ya no se discutió fué su pintura: la calidad de Zuloaga como pintor; la firme personalidad del artista, consagrado hoy como uno de los más destacados valores del arte contemporáneo universal.

Si el cuadro de asunto de Zuloaga pudo encrespar vivas polémicas, el retrato convenció desde el primer momento a tirios y troyanos, que discrepaban en los detalles, pero se ponían de acuerdo en lo esencial. Y lo esencial era que Ignacio Zuloaga, fervoroso admirador del Greco, de Velázquez y de Goya, poseía lo que aquellos grandes maestros: pleno dominio, material y espiritual, de su arte.

Para sobresalir en este género del retrato, - dice la gran autoridad de Don Manuel B. Cossío, estudiando al Greco, - hace falta más que nada, aparte de la indispensable habilidad técnica, esa "aquella intensa fuerza de penetración, que sabe percibir de un golpe y acierta a fijar, sin tanteos ni vacilaciones, la resultante característica de todo un proceso espiritual del individuo, dispersa, hasta entonces, en situaciones varias y momentos diversos. Especie de intuición, si así puede decirse, de la fotografía compuesta. Por haberla poseído fué el Greco, ante todo y sobre todo, un pintor de almas."

Sabemos por Rusiñol y por propias confesiones del autor, el grado de

devoción de Zuloaga, desde su juventud, hacia el genial cretense. Nos constan las prolongadas contemplaciones de cuadros de Velázquez y Goya a que dedicó el pintor de Eibar muchas de las mejores horas de su vida. De nada le hubiesen valido tales admiraciones para ser un gran retratista si al mismo tiempo no hubiese poseído esa intensa fuerza de penetración de que habla el profesor Cossío. Pero, precisamente, en esa aguda sensibilidad y en esa espiritual percepción de tipos y semblantes reside parte de la gran fuerza creadora de Zuloaga. Por eso no pueden extrañar a nadie sus grandes triunfos como retratista, logrados siempre sin mengua, y muchas veces con mayor realce, de su acusada personalidad.

== == ==

Un crítico contemporáneo que, para ser panegirista de Zuloaga, no ha necesitado dejar de ser crítico, - Ignacio de Beryez, - encabeza su estudio sobre los retratos zuloaguescos con una afirmación rotunda: "Podemos propalar, decidida y resueltamente, que Zuloaga nos parece, entre otras muchas cosas que es dable decir en honor suyo, no ya uno de los más notables pintores de retratos que nos ofrece España, sino también uno de los contados que ahora los pintan, dentro y fuera de nuestro país, con verdadera dignidad y agudo sentido del género".

Asombra el número de retratos que a lo largo de su vida ha pintado el maestro eibarrés. Aparte de tantos y tantos anónimos tipos como ha reproducido en sus cuadros de asunto, (tipos endonde la copia fiel ha alternado con la libre fantasía del artista), son incontables los que pueden considerarse únicamente como retratos: unos en grupos, casi siempre familiares; otros, como los de Barrés y Larreta, cuyos paisajes les dan carácter de verdaderas composiciones; otros, en fin, retratos individuales, cuyos rostros, cuyas figuras y aun cuyos fondos atestiguan que el autor ha sido siempre libre para valorizar los elementos que ha tenido a su alcance.

No corresponde a nuestro empeño examinar, - y menos discernir, - temas tan sugestivos para los críticos como los de la mayor o menor afectación de estos retratos o la existencia en ellos de una atmósfera respirable. El público aficionado ha emitido su fallo dando a los retratos de Zuloaga la máxima consideración...y a su juicio nos atenemos. Lo que sí deseamos es comprobar la amplitud y extensión de la obra zuloaguesca en este género.

Desde los más humildes tipos populares hasta las damas más distinguidas figuran en la profusa colección de sus retratos. Ya en su juventud, cuando el artista cuenta ^{dieciocho} ~~dieciocho~~ años, hace el de su padre. "Pintado en 1888, ya revela en su joven autor una orientación sana; ya promete, por su honrado dibujo, grandes cosas." Seis años más tarde presenta Zuloaga en París dos óleos: el "Retrato de mi abuela" y "El enano de Eibar"...que es otro retrato. De la misma época es el "Retrato de mi portera", que por primera vez se expone en Bilbao; y allá por el 94 marcha Zuloaga a Londres, donde pinta entre otros retratos, los de la familia Morrisson y el de Mister Oscar Browning, catedrático de la Universidad de Cambridge. Pasan unos años...Solicitado por vehementes aficiones taurinas, que están a punto de malograr la obra del pintor, hace en Sevilla el retrato de su maestro en tauromaquia Manuel Carmona "el Panadero"; y en 1899, otro lienzo suyo,- precisamente titulado "Retratos",- obtiene en el Salón de París grandes alabanzas y es adquirido por el Gobierno francés.

¿Quiénes eran aquellos retratados? El tío del pintor, el famoso ceramista Daniel Zuloaga, y dos hijas de éste, Esperanza y Teodora. Estos tres familiares, y otra prima, Cándida, sirviéndole de modelos en su casa de Segovia, habían de ser base e inspiración para una porción de cuadros, luego famosos, y para que Zuloaga se consagrara, a partir de aquel momento, definitivamente, a la profesión que le brindaba, unidas, la gloria y la riqueza.

Desde entonces, ¡qué de retratos,-de magníficos retratos,- saldrían de su pincel, rápido y seguro! Solo cabe hacer, confiándola a la memoria, una enumeración de los más importantes: el del picador "Coriano", el de "El matador GALLITO y su familia", el de Don Pablo Uranga, los de la artista PAULETTE, el de la cantante "Lucianne Breval en el segundo acto de CARMEN", el de "Mademoiselle Picard", el de "La pianista señorita Rigault", el de "Madame Catulle-Mendès", el de "Antonia la bailaora" y el de "Madame Rosita Gutierrez", que era una anciana española residente en París.

En la plenitud de su triunfo y de su fama, su tío Don Daniel y sus primas siguen siendo modelos preferidos por Zuloaga, a los que une los de muchas figuras sobresalientes en el mundo internacional de las Letras, las Artes y la Escena. Así los de: Maurice Barrés, contemplando el panorama de Toledo; Rodri-

guez Larreta sobre un fondo de murallas de Avila; Marcelle Souty, la artista rusa señorita Malinowska, el maestro Falla, el escultor Bebbide, el cantor Búffalo, los escritores "Azorín" y Valle Inclán, el pianista Paderewsky, el violinista Larrapidie...Y, para no olvidar su devoción por el arte taurino, las figuras de Juan Belmonte y el "Albaicín".

== == ==

Pero es que, además, Zuloaga puede ser considerado como un pintor de retratos aristocráticos. Sin ceder un punto de su personalidad, el artista ha encontrado siempre el rasgo característico, el contraste impensado o el acento espiritual de las damas y de los nobles que ante sus ojos han desfilado. El duque de Alba (por dos veces), su esposa la inolvidable duquesa Roserío y su hija la duquesa de Montoro (otras dos veces); la princesa Pío de Saboya, la duquesa de Fernán Núñez, la condesa de Noailles, la marquesa de Amurrio, los marqueses del Mérito, el marqués de Ayçinena, las hijas de los marqueses de Zurgaena, las condesas de Pignatelli, Velayos, Elda y Kinnoul, las señoras de Soriano, Corcuera, Vieuña, Garay, Patiño y Gainza, Madame Gilly, Miss Wardwords, Don Carlos Béistegui, Don Alfonso Churruga y otros muchos aristócratas españoles y extranjeros se han ufano de posar ante la mirada observadora de Zuloaga, dándole variados temas para sus magníficas creaciones.

Una noble familia española, que siente por el maestro elbarrés antigua estimación, se enorgullece de contar con retratos de Zuloaga correspondientes a tres de sus generaciones: la de los duques de Montellano, (perteneciente él a la gran Casa de Fernán Núñez e hija ella de los duques de Arión). Cuatro lienzos importantes pintó el ilustre vasco, retratando a personas de esta esclarecida familia, tan amante de las Artes. Correspondientes los cuatro a muy distintas épocas, ofrecen un doble interés para todo admirador de Zuloaga: el intrínseco de cada uno como pintura y el de poder apreciar, al través de una misma familia, la evolución del arte del genial maestro.

Cuando Zuloaga vino a Madrid allá por 1920 y pintó los retratos de los duques de Alba, hizo los de otros aristócratas españoles. Entonces surgió ese extraordinario lienzo que es el retrato de la duquesa de Arión, en la plenitud de su belleza y su elegancia; cuadro en donde triunfa la opulencia de las líneas curvas, en contraste con la finura de la silueta retratada, sugiere, con ~~h~~ la falda ahuecada, con la alta y redonda peineta que sostiene la man-

tilla y con los nublados concéntricos de su fondo, la idea de lozanía frescor y de centenares de surtidores, cuyos látigos de transparente agua formaran arcos inverosímiles de todos tamaños y en todas direcciones, siempre esbeltos, siempre airosos y siempre en vertiginoso movimiento.

La duquesa de Arión, - por su matrimonio con el VIII duque Don Joaquín Fernández de Córdoba y Osma (cuatro veces Grande de España), - es Doña Luz Mariátegui y Perez de Barradas, marquesa de Bay. Casada la hija de ambos, Doña Hilda, con el actual duque de Montellano, enlazaron con este nuevo matrimonio las dos ilustres familias. Y precisamente Zuloaga, unos cuantos años después de haber reproducido la figura de la duquesa de Arión, retrataba en Paris al anterior duque de Montellano, padre del actual. Aparece en este retrato de 1928 Don Felipe Falcó Osorio d'Adda y Gutierrez de los Ríos, VIII duque de Montellano y marqués de Castel Moncayo, vistiendo de etiqueta y cruzando su pecho con la banda del Gran Collar de Carlos III. El parecido del rostro es asombroso; y un prodigio de naturalidad y buena pintura, esa mano izquierda que recoge el vuelo de la capa forrada de terciopelo.

Diez años más tarde, durante la guerra española, coincide la familia Montellano en Zumaya con el ilustre pintor, instalado en su casa de la costa cantábrica. Y allí (1938) pasan al lienzo las figuras de la actual duquesa y de su hija mayor; aquélla, Doña Hilda Fernández de Córdoba y Mariátegui, marquesa de Mirabel y condesa de Santa Isabel, y su hija, la encantadora María del Rocío Falcó y Fernández de Córdoba, cuando contaba seis años de edad. Las aristocráticas personas, que acaban de descabalgar después de un paseo, destacan su belleza y la esbeltez de sus figuras, - en un cuadro de grandes dimensiones, - sobre un característico fondo de rocas y de ría norteñas.

Magnífico lienzo éste, halla su complemento en el retrato del duque de Montellano actual, Don Manuel Falcó y Escandón, Osorio y Barrón, Marqués de Pons, que, en la propia Zumaya, da ocasión en 1944 al maestro Zuloaga para que logre una de sus obras definitivas. Recientemente nos honramos publicando el retrato de cuerpo entero. En el detalle que ofrecemos hoy, puede apreciarse el pormenor de la firme pincelada, que capta espíritu y materia con prodigioso poder de penetración.

== == ==

De estos cuatro lienzos,- realistas y espirituales al mismo tiempo,- cabe decir lo que, de la obra total de este género, ha escrito Bernardino de Pantorba en su libro documentado y certero sobre nuestro pintor: "Nada más lejos del concepto fotográfico que un retrato pintado por Zuloaga. La silueta, bien estudiada, bien hallada, da a la obra, con la graciosa armonía de su línea, un indudable valor decorativo". En los salones de los duques de Arión y de los duques de Montellano, las ilustres figuras, perpetuadas por Zuloaga, son firmes y elocuentes testimonios de esa armonía de líneas y, además, felices intérpretes de la más depurada emoción estética.

DIEGO DE MIRANDA